

CAPÍTULO III

HEREJÍAS DESDE LOS TIEMPOS DE NESTORIO Á LOS TIEMPOS DEL CISMA DE ORIENTE

Ha dicho un pensador profundísimo que la historia de la filosofía es la filosofía de la historia. Y esta frase, á primera vista juego pueril de palabras, encierra profundo sentido, y explica las relaciones misteriosas entre el movimiento de las ideas y el movimiento de los hechos. Los sistemas filosóficos y los sistemas teológicos mas abstractos se nutren de los átomos de la tierra donde brotan, y se esmaltan de los celajes del tiempo en que viven. No importa su idealismo, mayor ó menor; no importa su universalidad científica independiente del tiempo y del espacio; por algun lado, bajo algun aspecto, han de pertenecer á la tierra y han de recordar el minuto de su nacimiento en el tiempo. Y es mas, ningun sistema llega aislado sin genealogías y sin progenitores; ninguna idea puede aparecer de súbito como antorcha lanzada en medio de las tinieblas. Cuando leéis la historia de la filosofía griega, observais que parece su desarrollo producto natural del espíritu de un solo hombre que va pasando necesariamente por fases científicas y lógicas de todo punto indispensables. La escuela de Elea buscará el origen de las cosas en algo tangible, en la materia, ya sea fuego ó agua, y demostrará así que en ella comienza la iniciación filosófica; la escuela de Pitágoras buscará el origen de las cosas en el número, es decir, en término, medio real y medio abstracto; la escuela de Jonia, respondiendo al movimiento natural del espíritu, buscará el origen de las cosas en las ideas puras; los sofistas prepararán con sus disquisiciones y sus disputas el criterio humano á referirlo todo al sujeto; Sócrates sacará de este trabajo, á primera vista estéril y baldío, la elevación de la con-

ciencia humana, eterno sol en la inmensidad del pensamiento; Platon unirá la conciencia con lo absoluto y con lo eterno, la unirá Aristóteles con lo relativo y contingente; será el uno toda la inducción, y el otro toda la deducción; el uno toda la metafísica y el otro toda la experiencia; y cumplido este grande movimiento del espíritu, tomará la filosofía griega un carácter práctico y moral que la relacionará por medio de las escuelas estoicas con el derecho romano, y cuando los tiempos estén contados y la necesidad sea urgente, un carácter teológico y sincrético que la relacionará con el Cristianismo.

Ahora bien, ¿cómo vais á conocer uno de los sistemas filosóficos de Grecia, si no lo enlazais con los sistemas que le preceden y con los sistemas que le subsiguen, siendo como son todos ellos términos necesarios en el desarrollo natural de la ciencia? Imposible conocer á Pitágoras si le separais de la escuela de Elea y de la escuela de Jonia; imposible explicar una personalidad tan grande como Sócrates si la separais de unos seres tan pequeños como los sofistas helénicos. Pues lo que sucede en la historia de la filosofía sucede en la historia de la teología: que el espíritu humano es uno y es idéntico á sí mismo en todos los tiempos y en todos los espacios. La grande herejía del siglo décimosexto, la que determina esa revolución religiosa de la cual vivimos todavía, la que separa del seno de la Iglesia definitivamente á la mayor parte de la raza anglo-sajona y de la raza germánica, no se explica, no se puede explicar, sino despues de conocidas todas las herejías precedentes. Los espíritus superficiales, los que no encuentran la idea general que anima los hechos particulares, tratan las herejías de juegos infantiles, de arbitrariedades escolásticas, de palabras huecas é inútiles, de sofismas vanos, de quisicosas y nonadas ridículas, sin comprender que todos estos grandes movimientos, á pesar de su vaguedad y de su espuma, arrancan del fondo del alma humana como arrancan las olas ruidosas y fugaces del océano, tranquilo y sereno en su lecho eterno y en su profunda inmensidad.

No es, no, tan arbitraria ni la historia del dogma ni la historia de la herejía, como á primera vista parece. Nacido el Cristianismo de una conjunción providencial entre el espíritu judío y el espíritu helénico, las primeras sectas debían naturalmente referirse al predominio del judaísmo sobre el helenismo, ó del helenismo sobre el judaísmo, y debían llamarse de judaizantes ó de

helenizantes, es decir, de judeo-cristianos y de heleno-cristianos. La idea de Dios, dada esta conjuncion misteriosa del helenismo y del judaismo, no podia menos de aparecer bajo la forma de la trinidad; y la concepcion de la trinidad no podia menos de dar origen á muchas escuelas, doctrinas, y sectas, llamadas por necesidad á explicar el Sér absoluto, el Verbo divino, el Espíritu Santo. Y explicados todos los problemas relativos á la divinidad, merced á las contradicciones opuestas al dogma por los sofistas gnósticos, debia naturalmente explicarse la base del Cristianismo, la divinidad de Cristo contradicha y negada por Arrio. Y hecho esto, debia surgir el problema de las relaciones del hombre con Dios, problema relacionado íntimamente con el concepto que debemos tener de la humana naturaleza. Y como quiera que toda necesidad mostrada por el espíritu, se satisface por la ciencia, surgieron las sectas destinadas á explicar, como Pelagio, la libertad del hombre, y como Agustin las relaciones entre la libertad del hombre y la gracia de Dios. Quinientos años casi han trascurrido desde que Santiago, el mas extremo de los judeo-cristianos, y Estéban, el mas extremo de los heleno-cristianos, se han encontrado frente á frente; siglo y medio ha pasado desde que Arrio y Atanasio han contendido en el concilio de Nicea sobre la consustancialidad del Padre y del Hijo necesaria para explicar y comprender la naturaleza divina de Cristo; y ahora, en este momento que historiamos, el problema reaparece en otros términos, bajo otros aspectos, pero siempre con la misma profundidad y trascendencia, porque se trata de señalar límites á la libertad humana y de inquirir cómo se relaciona con la omnipotencia de Dios. Pues todos estos problemas surgirán á una en la hora providencial, en que surja la Reforma. Y surgiendo el problema de la libertad, el problema de la gracia, el problema de la virtud que tienen los méritos de Cristo y las obras del hombre para la redencion universal, apenas podríamos comprender todo esto, si no comprendiéramos de antemano las ideas de cuyo seno todo esto ha surgido. Sin Simon el Mago, sin Basílides el gnóstico, sin Arrio, sin Orígenes, sin Pelagio, sin San Agustin, que á pesar de santo y de padre eclesiástico, cae seguramente en la casi herejía de la predestinacion, apenas podríais comprender á Zuinglio, á Lutero, á Calvino, á Melancton, á ninguno de los reformadores. Por consecuencia el estudio de las herejías es la clave de la revolucion religiosa.

Las herejías, que suceden á las anteriormente historiadas, no tienen su importancia. Resueltos los principales problemas teológicos, y agotada la ciencia metafísica en ellos, los aspectos de la idea teológica no podian ser ya, ni tan sublimes, ni tan deslumbradores como antes. Luego, el mal por excelencia que hemos apuntado en las disputas de Idacio con Prisciliano y de Agustin con Pelagio, la intervencion directa del Estado y su fuerza coercitiva en los asuntos teológicos, se agrava, y la serenidad de aquellas controversias de otros tiempos y la majestad de aquellos concilios se pierde entre los pliegues del manto de los Césares de Oriente y el estruendo de las guerras á un mismo tiempo civiles y religiosas. San Agustin ejerce su influjo sobre las persecuciones teológicas. Todavía él apelará ciertamente á la dialéctica; discutirá con argumentos y con razones; pronunciará discursos vehementísimos; escribirá obras inmortales; pero sus discípulos, sus imitadores, no tendrán ni su inteligencia, ni su palabra, ni su genio; y solo acertarán á manchar con sangre la blanca túnica de la naciente Iglesia. ¡Cómo extravía los entendimientos inferiores el sofisma y el engaño de un superior entendimiento!

Cirilo, obispo de Alejandría, pertenece al número de los discípulos mas exaltados de San Agustin y de los mas tenaces en sostener las exageraciones de su fanatismo. Escaso de inteligencia, corto de palabra, perito solo en argucias, ducho en el arte de provocar y sostener la accion mas que la doctrina, organiza en Alejandría, no una secta, mas ó menos henchida de ideas, un partido en armas. San Agustin sostuvo un tiempo la terrible idea de que es lícito á los buenos condenar á los perversos y tomarse por su propia mano la justicia. Ya puede imaginarse quien esto leyere cómo resultaria una sociedad, donde cada cual creyese la propia conciencia dotada de superior jurisdiccion sobre las conciencias ajenas, y apta la propia mano para perseguir y ajusticiar á todos sus enemigos. Tan subversiva teoría, fecunda en males sin cuento, apoyábala San Agustin, extraviado en sus ideas y en sus pasiones, no tanto sobre vigorosos racionios como sobre históricos ejemplos. Y á este propósito cita el profeta Elías, que no se paraba ante consideraciones ni escrúpulos para matar por su propia mano á los profetas sus enemigos y sus rivales. De suerte que San Agustin no se contentaba con sostener la fuerza coercitiva del Estado como instrumento teológico, sino que, en el furor de su celo, apelaba

tambien á un crimen tan terrible como el asesinato. Y creia que la muerte de los falsos profetas y de los verdaderos heresiarcas no solo convenia en absoluto á la religion, sino que bajaba del cielo, á guisa de inspiraciones celestes, la sugestion dirigida á concebir y perpetrar tan horrendos crímenes. Con tales raciocinios ya no deben extrañarnos los sucesos que referiremos ahora y que caracterizan una guerra civil y no una controversia teológica.

Pocos hombres tan apasionados como Cirilo de Alejandría; pocos tan decididos á resolver con la fuerza problemas que solo deben resolverse por la idea. Este exaltado obispo aparece á nuestros ojos como aquellos guerreros de la Edad media, que ceñian bajo el pectoral la coraza, y que arrojaban la mitra de los Pontífices para calarse el casco de las batallas. Guerrear y no persuadir era su oficio; montar sobre un troton guerrero su aficion y no entregar el alma á las oraciones y al espiritualismo de la vida verdaderamente religiosa. En manos de estos hombres el báculo se habia hecho espada; y las asociaciones religiosas ejército y ejército militante. Cirilo inaugura esta degeneracion del episcopado; y la inaugura de bien terrible suerte. Al fin, los obispos de la Edad media, caballeros feudales al par de pastores eclesiásticos, mezclaban algun viso de razonamiento político á los asuntos teológicos. Pero Cirilo emprendia un combate á muerte por cuestiones, las cuales nada tenian que ver con la pura vida espiritual de la Iglesia. Desconociendo los límites donde debe acabar la jurisdiccion eclesiástica, tomaba disposiciones políticas tan graves como la expulsion de los judíos, so pretexto de religiosas querellas. Los judíos habian contribuido en alto grado á la ilustracion de Alejandría, tan célebre en los fastos de la ciencia, y tan reveladora así de los secretos del espíritu como de los secretos del cielo. Ellos habian contribuido en primer término con Philon á fundar la escuela metafísica alejandrina y llevado al seno de la filosofía helénica la idea luminosa del sér infinito y absoluto. Ellos, en sus excursiones, con su comercio, no solo cambiaban productos por productos, sino que unian ideas á ideas, formando la síntesis histórica sobre la cual habia de descansar, como sobre sus eternos cimientos, el espíritu inmortal de la nueva civilizacion. A esto reunian el influjo natural, que, en todas partes y en todos tiempos, alcanzan la industria, la riqueza y el comercio. Naturalmente el magistrado, á quien tocaba en

suerte personificar la autoridad civil, no podia en manera alguna, por propio decoro, acceder á una complicidad con actos de ese linaje, tan opuestos á la paz de la ciudad y al brillo de la ley. Despoblábase Alejandría, caian sus escuelas, quedaban solitarias sus Academias y abandonados sus observatorios, apagábase el brillo con que luciera en tiempos mas felices como una constelacion en el cielo de la humana conciencia; y á guisa de penitente se enterraba y desaparecia en los arenales del desierto desde el punto y hora en que le faltaba su carácter de foco donde iban á converger los rayos de todas las ideas. La intercesion del prefecto de Alejandría llamado Orestes en favor de los perseguidos no aplacó el rencor de los judíos contra los cristianos ni el rencor de los cristianos contra los judíos. Al revés, viéndose contrariado Cirilo en una obra, que estimaba de purificacion, atizó mas y mas las crueles y desatentadas pasiones. La ciudad que tenia el privilegio de sintetizar todas las ideas y que era como una pacífica academia donde pugnaban y contendian en las esferas del espíritu y de la conciencia todos los principios, trocóse en campo de batalla y vió correr la sangre por sus tranquilas calles, pobladas antes de sacerdotes, de trabajadores, de mercaderes y de sabios. En esta exaltacion de las pasiones, Cirilo se atrevió á llamar en su socorro á los monjes egipcios de Nitria, mas propios para formar en las legiones armadas de la conquista que en las pacíficas cofradías de la oracion y de la penitencia. Quinientos se lanzaron á una en son de guerra y armados de todas armas sobre la ciudad, y arremetieron al prefecto tachándole de idólatra y de pagano. Inútilmente Orestes citaba el monje, que le bautizara en Constantinopla; los fanáticos no querian oir ni siquiera su nombre, y achacaban la tolerancia para los judíos á coparticipacion verdadera con sus creencias y con su fe. Y como las doctrinas de San Agustin, profesadas por San Cirilo, confundian el disentiimiento de la religion católica con el crimen, creyeron de su deber tomarse la justicia por su mano, y castigar por ministerio de la teología á quien por ministerio de la ley tenia el deber de castigarlos á ellos. Armados de piedras desacataron al gobernador, que cayó herido en la cabeza; y á este desacato sublevóse el pueblo de Alejandría, y dirigiéndose á un monje llamado Almonio, que encabezaba el motin, apoderóse de él y lo hizo mil pedazos. Cirilo, en vez de interceder para calmar los ánimos, expuso en su iglesia los